

MARAVILLAS DEL ARTE CRISTIANO.

LA CATEDRAL DE SENS.



SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 16

Con su magnífica fachada, con sus dos campanarios sorprendentes y maravilloso trabajo de piedra, sus tres pórticos y sus tres naves, su coro admirable por su magnificencia y poco peso, sus columnas coronadas de chapiteles artísticamente trabajados, sus bóvedas de construcción grandiosa y ligera, su altar mayor cubierto por un espléndido dosel con sus claraboyas pintadas por Juan Cousim, la catedral de Sens puede pasar, con sobrado título, por uno de los mejores modelos del arte gótico en Francia. Como casi todas las iglesias de la Edad media, tiene la figura simbólica de Jesús clavado en la cruz. El altar mayor representa la cabeza de Cristo, las relucientes cupulillas de la bóveda la corona de su frente, y las naves laterales y del centro el cuerpo y los brazos estendidos.

La catedral de Sens, encierra en sí grandes recuerdos históricos. En el sitio que ocupa se elevaba antiguamente un templo pagano, reemplazado cuando la conversión de los gaulos al cristianismo, por tres capillas dedicadas á San Estéban, después por una iglesia que, incendiada en 970 fué reedificada en el undécimo siglo y no se concluyó hasta 1526. El papa Alejandro III refugiado en Francia, celebró allí misa en 1163. Veinte años después Tomás Becket, el famoso arzobispo de Cantorbery, pidió á su vuelta asilo y se quedó á vivir allí por algun tiempo. Todavía se ve en esta catedral un cuadro representando la muerte de Tomás Becket al pie del altar, lo mismo que los retratos de todos los arzobispos de Sens; el sepulcro del cardenal Duprat, preceptor y ministro de Francisco I, el del cardenal Duperron, el de uno de los mas sabios prelados del siglo XIV, y por conclusion los del delfín y delfina, padre y madre de Luis XVI. Este último monumento, postrera obra de Cous-ton y de sus discípulos Julian y Beauvis, fué estropeado durante la revolucion, pero en nuestros dias ha sido restaurado del todo.

EDUCACION DE LA MUJER.

EL MAL HUMOR.

XIV.

Exige tanto una buena educacion, que nada es para ella indiferente. Se culpa muchas veces al genio, al carácter, de faltas que no debieran cometerse, y sin embargo, la educacion tiene una gran parte en la modificacion del genio, y aun del carácter. Pero si la educacion influye en las personas adultas, para contenerlas en sus arrebatos, en sus displicencias y mal humor, en las niñas debe comenzar á evitar estos defectos, que lo son mayormente para ellas, porque en las niñas, todo debe ser esmerado y perfecto.

Hasta inconveniencias que disculparíamos en un niño, no pueden disculparse en una niña. Ciertas cualidades en un hombre pueden hacer perdonar algunas faltas, que siempre afearian á la mujer, á la que parece exigirse una parte moral en perfecta armonía con la belleza física.

Prescindiendo del orgullo y otros defectos, que son algo mas que mala educacion, nada debe evitar la niña con mas cuidado que el mal humor, pues sobre no comprenderse en su edad, es causa suficiente para aislarla de todos, y que este aislamiento aumentando su mal humor agrie es-

clusivamente su carácter, hasta el punto de hacer imposible su trato y labre así su desgracia.

La sociedad que no tolera el mal humor, ni en el hombre, pues cuando éste tenga motivo de enfado, debe encerrarse en el seno de su familia y no presentarse á demostrar y comunicar su situacion á quienes quizá fastidie, ó que por lo menos, nada tengan que ver con ella, lo tolera menos en una niña, en quien no se suponen causas legítimas, y si puede suponerse efecto de mimos y mala educacion.

¿Qué simpatías, que cariño inspirará una niña á sus compañeras y á cuantos la rodean, si está siempre enfadada y displicente? Empezará por no tomar parte en ninguno de los juegos, y si lo hace será de mala gana, le fastidiará la conversacion y hasta el trabajo; se hallará mal en todas partes, y en todas cansará á los demás. ¡Oh! esta situacion seria la mayor desgracia que pudiera caber á una niña. Huirian de ella todas sus compañeras, no tendria una amiga, ni aun en la familia seria tan querida como podria serlo, y empezaria bien temprano á labrar su eterna desgracia.

Angel la niña en la tierra, no se concibe que carezca de todas las encantadoras cualidades que de ella se exigen y necesita para cumplir verdaderamente su destino, como tampoco se concibe á los ángeles sin sus célicas perfecciones. Por esto, ni remotamente se pasa por la idea de que una niña esté de mal humor, sino todo lo contrario, se la considera siempre alegre, juguetona, inquieta, extraordinariamente cariñosa con todos y como si en torno de ella no reinara más que la alegría y el cariño. La dulzura en el rostro y la sonrisa en los labios, atraen primeramente la simpatía de todos hacia ella; la bondad de su trato, el cariño, y las bellas prendas que forman el conjunto de una buena educacion, hacen que la niña sea constantemente el encanto y la alegría de la familia, y el objeto predilecto de la sociedad, porque donde hay niñas, siempre se las dispensan atenciones.

Así que deben ser constantemente el adorno en todas partes. Vedlas en los sitios en que se entregan á sus juegos, y parecen pintadas mariposas revoloteando inquietas de un lado á otro, sin descansar en ninguna parte, ó ya son las bellas flores que adornan el sitio en que se hallan. Lo angelical de sus rostros, lo vaporoso y elegante de sus trajes, todo contribuye á hacer de la niña ese ser ideal, de todos considerada y querida, porque en la niña se ama la inocencia, el candor, la alegría, todo lo que hay de mas encantador y puro en la vida.

Comprendan, pues, las niñas, si las interesa obtener tal consideracion y cariño, y por consiguiente, si deben conservar su alegría, que es la prenda de mas valer, sin la cual, la niña deja de serlo, y se convierte en una especie de impertinencia, porque no hallamos otro nombre que dar á la que no es mujer, ni niña, y falta á su destino encantador.

Acostúmbrense desde la edad mas tierna, á la docilidad y al contento, y no temerán entonces los males que hemos espuesto, y que aunque sean una escepcion no quisiéramos que ni esta existiera.

RELACIONES SOCIALES.

XV.

Impertinentes seríamos, si nos esforzásemos en demostrar lo mucho que interesa á las niñas huir del mal humor,

porque sobre no comprender nosotros que puedan tener motivo para lo que no puede ser considerado bajo otro aspecto que el de una aberracion del carácter de la niña, son grandes los perjuicios que lleva consigo, y á nadie más que á ella le interesa evitarlos porque es á quien más afecta.

Lo contrario le sucede con la alegría, que es y debe ser su estado normal, y la atraccion de las simpatías, del afecto de todos cuantos la rodean.

El mismo mal humor engendra disgusto, y hasta malos pensamientos y la alegría parece respirar de suyo bondad, y la respira en efecto, y es esa bondad de la que no pueden desprenderse las niñas ni un momento. Seres débiles por naturaleza, necesitan de todos, y mal tendrán esta necesaria ayuda, si no saben ganarla con su atractivo.

Aunque este atractivo no le lleve en sí el carácter, debe procurarlo la educacion, enseñando á la niña, no solo el respeto y consideracion que se merecen todas las personas cualquiera que sea su clase y condicion, sino que respetando y considerando á los demás se respeta y considera uno á sí mismo.

Nada diremos sobre el respeto á los padres, porque además de ser un dogma el honrarles, lo manda la misma naturaleza, y lo exige el propio interés; nada diremos tampoco de otros respetos y consideraciones que su misma necesidad los hace imprescindibles; pero si debemos decir algo de un asunto, que no suele ser debidamente atendido. Nos referimos al respeto ó consideracion de las niñas para con los criados. Debiendo estos, cuando son buenos, ser considerados como unos amigos desgraciados, deben ser tratados bajo tal concepto; en lo cual necesitan poner especial cuidado las madres de familia para enseñarlo y las niñas para aprenderlo. ¿Qué idea, no solo de buena educacion, sino aun de regular corazon, se podrá tener de una niña á la que se oye mandar altaneramente ó con insultos é improperios á los criados? ¿Y será bien y gustosamente obedecida la que así manda? Imposible.

Entre el amo y los criados media un vínculo familiar, á cuyo sostenimiento deben contribuir todos, porque una vez roto, se desprestigia la autoridad que manda, y falta la cariñosa voluntad del que obedece.

Es muy frecuente en las niñas el deseo de mandar y lo hacen cuando pueden, mas bien por obedecer á ese impaciente deseo que por necesitar hacerlo; pero si la niña tiene buen corazon, si está bien educada, sus mandatos, sino súplicas, parecerán favores que pide y se ven entonces servidas con prontitud, esmero y cariño. Si sobre el interés y la simpatía que inspira la inocente niñez, se agrega la bondad y la dulzura, nada podrán desear que no vean satisfecho, en que no sean complacidas, y de una manera mas delicada y afectuosa de lo que pudiera esperarse.

Por esto comprenderán las niñas la necesidad de tratar bien á los criados, que al fin han de sufrir sus impertinencias y caprichos. Tratándoles con las debidas consideraciones, se les predispone favorablemente y cuando llega el caso, no hay que exigir de ellos un sacrificio, sino que se anticipan á hacerle sin que se les pida. Si todos nos necesitamos mutuamente, ¿cuánto más necesitaremos los que vivimos bajo un mismo techo, en un hogar, y tenemos diariamente y á todas horas, que prestarnos mutuos servicios, ora de tolerancia los amos, ora de necesidad los criados.

La diferencia que se presenta en la escala social suele haberla intelectualmente por la educacion descuidada. La falta de medios, y otras mil causas de todos conocidas, hacen que no posean los criados ese desenvolvimiento inte-

lectual que poseen los que han cultivado más la inteligencia.

Las niñas que adquieren la debida instruccion y ésta, más que su fortuna, las coloca en otra escala, descenderian de ella si no supieran proceder como su posicion exige, como lo aconseja su conciencia y lo dicta su razon y los buenos sentimientos de su alma. Y cuanto mas obedezcan á estos mandatos morales y sociales, mas se enaltecerán las niñas.

El superior que sin bajarse hasta el inferior, sabe elevar á éste; se eleva mas él. El amor que crea la gratitud obtiene el amor; y la niña que se hace por sus bondades querer de sus criados, tendrá en ellos, no solo unos fieles servidores, sino unos amigos leales, corazones agradecidos, almas apasionadas que considerarán hasta el sacrificio como un deber. Nada vaga en la educacion, á todo se estiende, para todo hace falta, y el que vive en la sociedad sin ella, es como el que camina á ciegas, que no puede menos de ir dando tropezones, que además de lastimarse, causan la compasion de cuantos le contemplan, cuando no la risa, no producida por el daño que se haga, sino por la torpeza del que camina.

XVI.

LA VANIDAD.

No hay mejor enseñanza que la que muestra los defectos que deben corregirse, y entre estos hay uno de los que mas deben evitar las niñas; la vanidad. Fundada generalmente en puerilidades, y mucho más tratándose de esos seres inocentes, llega luego á adquirir colosales proporciones, y se hace insufrible la persona que la posee.

Ya se funda la vanidad en creer que se sabe mas que otros, en tener mayores riquezas, mejor figura y porte, ó en cualquiera otra circunstancia ó cualidad que se considera superior, lo cual no deja de ser en todo caso un exceso de amor propio y es siempre un defecto que se debe procurar á toda costa corregir.

Si hay superioridad en el saber, debe servir esa superioridad para tolerar y disimular la ignorancia de los demás, para enseñar prudentemente al que no sabe, cumpliendo así con un precepto religioso, y para moderar nuestros propios defectos, contribuyendo ese saber para conocerlos en algo. Nadie debe ser más modesto que el verdadero sabio, así como no hay persona más presumida que la que pretende saber mucho sabiendo poco; y si esta presuncion produce vanidad en los hombres y esa vanidad les pone en ridiculo, ¿cuál no será el que se atraigan las niñas vanidosas, fundando su vanidad en que saben mas que sus compañeras? Las niñas, que se conceden mutuamente el verdadero valor que cada una tiene, porque lo conocen perfectamente, ven en la niña vanidosa un ente irresistible; y no es extraño ver que suele tener esa vanidad la que menos motivos tiene para ello, la que menos vale, quizá la mas desaplicada é ignorante, porque la que poco estudia, poco sabe.

Menos motivo hay para fundar la vanidad en la riqueza, porque sobre ser un bien eventual que puede perderse, esa vanidad es un insulto, un sarcasmo á la pobreza. El ser rica una persona, no da derecho á despreciar á la que no lo es, ni á mirarla como cosa que vale menos. Esto lo hacen solamente las almas bajas, y que no tienen religion, y lo que puede considerarse como un vicio en los

hombres, sería hasta un crimen en las niñas. Su tierno corazón, su alma noble y caritativa, no hace alarde de la riqueza de bienes, á no ser para socorrer con ellos; para hacer bien á los necesitados, para derramar beneficios y obtener bendiciones, pero de esas bendiciones acompañadas con lágrimas de reconocimiento que enternecen á quien se dirigen, y son su más gloriosa recompensa.

Este es el empleo que debe hacerse de las riquezas, porque al lado del rico puso Dios al pobre, como si tratara de recordarle su deber. Y en cumplirle bien es en lo que debe fundarse la vanidad del rico, así como debe tenerla la niña en hacer todo el bien que pueda á sus semejantes, ya que tiene la grande fortuna de poderlo hacer, en ser la intercesora, el ángel intermedio de los pobres para con sus padres. Las riquezas pueden perderse, y si un día se viera en la pobreza, la que fué amparo de los pobres, no puede faltarle de quien fué amparado de ella, y el bien que hizo será la semilla arrojada de los frutos que ha de recoger. Cuando al rico se presente el pobre, acuérdesse que algún día podrán ser pobres sus hijos, pues los muchos bienes de fortuna no preservan de la pobreza.

No es menos vano basar la vanidad en la figura. Una enfermedad, cualquier accidente de los infinitos á que está espuesta la niñez, puede convertir la belleza en fealdad, y si cuando una niña era hermosa tenía vanidad de serlo y desdeñaba á las demás, ¿con cuánto dolor no vería al desaparecer su hermosura, que la trataban como ella había tratado á sus compañeras?

Si la belleza le atrae simpatías y afecto, aprovechése esta circunstancia tan favorable, que puede ser efímera, para ejercer sobre las demás niñas esa benévola influencia que tantos bienes puede producir; empléela en corregir dulcemente los defectos de sus compañeras, en fomentar su aplicación, en conservar la unión y la amistad de todas, y si se ve distinguida y consultada, sea el árbitro amigable de sus pueriles diferencias, y el modelo de juicio, de cordura y de bondad. Una al atractivo de la belleza el de tan excelentes cualidades, y se verá querida y bendecida de todas, labrando así su propia dicha.

Del bien no puede salir el mal, al menos en causa propia, y si los defectos tienen tantos y tales inconvenientes, ¿qué niña dejará de corregirlos aun cuando tuviera que hacer los mayores sacrificios? La recompensa, además, es inmediata, y tiene el doble atractivo de disfrutar de ella y del reconocimiento de todos, que es nuestra aspiración constante, y la obtiene el que obra bien.

XVII.

LA ENVIDIA.

No menos que la vanidad debemos evitar la envidia, pasión indigna, miserable y baja: ruin pesar y sentimiento del bien y prosperidad ajena, lleva consigo mayor castigo, por lo mucho que sufre la persona envidiosa.

En la mitología se presenta deificada la envidia, pero sin altares ni adoradores: porque entonces, como ahora, se retrata así á la persona envidiosa: rostro pálido, cuerpo enjuto, mirada sombría é inquieta, los dientes negros ó mal arreglados, el corazón lleno de hiel, y de veneno la lengua. Siempre atormentada por deseos penosos, no ríe más que á la vista de algunos males, y jamás el sueño profundo cierra sus párpados. Cuanto hay de venturoso

en el mundo le aflige y aumenta su furor, y cifra toda su alegría en atormentarse atormentando á los demás, y se hace á sí mismo su triste verdugo.

Así pintaba Ovidio al envidioso, y así se le puede pintar hoy.

Pero hay otras personas envidiosas que cubriendo las formas de la buena sociedad y ocultando la hiel del corazón y el veneno de la lengua, con hipócrita sonrisa en los labios y mentida dulzura en las palabras, no son menos horribles. De todas maneras la envidia es un vicio, es un pecado, es un crimen, y de ella queremos preservar á la niñez como de la rabia.

Y la envidia es tan antigua como el mundo. Cain mató á Abel por envidia de su virtud; y este primer crimen y entre hermanos, prueba lo horrible de tan indigna pasión.

Aunque la niñez sea incapaz de cometer tales crímenes, aunque no manejen sus delicadas manos armas homicidas, arroja veneno la lengua de la envidiosa, y el veneno mata. Además, nada hay tan despreciable como una joven envidiosa, que no tendrá compañeras ni amigas, ni quien se interese lo más mínimo por ella.

Desde la más tierna edad se debe huir este vicio, que no le comprendemos en ninguna persona cristiana, porque es contra la caridad, y contra todos los preceptos religiosos. La niña que empieza siendo envidiosa de sus compañeras, no puede querer á ninguna, como ninguna puede quererla tampoco. Envidiando el traje de una, la belleza de otra, la aplicación de aquella, hallando, en fin, en todas algo que envidiar, porque esta es siempre la tendencia del envidioso, solo consigue atormentarse á sí mismo sin el menor beneficio. En vez de envidiar la aplicación, estudie por saber más, y si no tiene igual traje ó la misma belleza, ostente bien y simplemente el que lleve, y tenga belleza en el alma, y será todo esto de más mérito.

Sustituya la emulación á la envidia, pero una emulación digna, noble, y en su mismo proceder hallará merecida y grata recompensa, y no destruirá su alma esa ponzoña que envenena la existencia del envidioso.

Y es más horrible aun la envidia en las niñas que en las personas mayores, porque estas tienen algunos conocimientos más para tratar de ocultarla ó revestirla con ciertas formas, avergonzadas de que se descubra, pero la niña que carece del necesario mundo ó conocimiento de las cosas, y por consiguiente tiene menos malicia, descubre claramente tan ruin pasión, se pone dolorosamente en evidencia, y se hace objeto despreciable para todas sus compañeras.

Pero ella misma, como hemos insinuado, recibe también el mayor castigo, pues como si no bastara el desprecio de los demás, se ve á la niña atormentada por la envidia, ir perdiendo el bello sonrosado de sus mejillas, desaparecer la frescura de estas, palidecer, demacrarse sus carnes, entristecerse su vista, y no deja de ser frecuente el que cause esta pasión la muerte, presa la niña de insufferables tormentos.

Tales consecuencias trae la envidia: vean nuestras queridas lectoras si les conviene evitarla, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, que nunca son costosos los que tienen por norte, no solo el bien de cuantos nos rodean, sino el propio, porque el envidioso se hace á sí mismo más daño que á los demás, y se hace, como dijimos al principio, su propio verdugo. Así que, la envidia no es ya una falta de buena educación moral, es la carencia de toda educación,

de todo principio de rectitud y justicia, de toda caridad, de todo bien, porque no puede ser buena la niña envidiosa.

XVIII.

LA MENTIRA.

No se comprende en una joven, en la que todo debe ser bueno y angelical, la mentira. Aquel semblante candoroso, aquellos labios de tan puro carmin, no deben ser el instrumento de una falsedad, que lo es y grande, la falta de verdad; vicio que debe inspirar horror, del que no está exento ni la astucia, cuando es engañosa, porque no es más que una variedad de la especie, que conduce necesariamente á la mentira. Por esto son reprobables todos los medios aun cuando sean indirectos.

De aquí el disgusto con que se mira á las personas que alteran la verdad, porque en cuanto se sorprende nuestra confianza, ya no se cree mas y ya no se esquivo el emplear todos los medios posibles para hacer comprender el desprecio que se atrae el embustero.

Es muy comun en la niñez el ocultar las faltas con la mentira, sin comprender que podrán engañar una vez, pero no muchas, por aquello de que, quien mucho miente, ya no engaña, y que comprendiendo la tendencia engañadora no se cree ni la verdad, sucediendo lo que á aquella niña que por divertirse neciamente con los vecinos, gritó: ladrones, y se rió de la solicitud con que acudieron en su auxilio y del engaño que les hizo sufrir; pero no tardó el justo castigo, pues habiéndose quedado sola en casa, al poco tiempo entraron verdaderos ladrones, y por más que se esforzó en gritar, nadie hizo caso, creyendo que seria otra burla como la pasada; y la niña se vió robada, maltratada y quedó paralítica y muda, como providencial castigo de su gran falta.

Cualquiera que cometan las niñas, confesándola ingenuamente la atenua, y si mintiendo debe ser inexorable el castigo, diciendo la verdad se ha adelantado la mitad del camino para obtener el perdón.

Las consecuencias de faltar á la verdad pueden ser muy graves, y pueden llevar consigo inmenso daño, pues unas veces culpando á otra niña faltas que no ha cometido, y haciendo así que se forme un juicio desfavorable de ella, y otras culpando ó dejando culpar á los criados y poniéndolos en mala posición, ó á un amigo de la casa ó á cualquiera otra persona, hay lugar de todas maneras á graves conflictos. Además, la niña que da margen á ellas, muestra tener muy malos sentimientos, por cuanto contribuye voluntaria é intencionalmente al mal de otros, faltando así, no solo á todos los preceptos religiosos sino á todos los morales y sociales.

Y si algun día, como no puede menos de suceder, llega á comprender su falta, ¡cuál no debe ser su remordimiento! Al verse causa de males y desgracias, quizás irremediables, tiene que sentir amargada su existencia y verse presa de crueles remordimientos.

Y todo por una leve satisfacción de amor propio, por una falta innecesaria, pero que una vez cometida, sucede con ella lo que con las pendientes grandes, que empezándolas á bajar no es facil contenerse. Así de mentira en mentira, se llega á ir sembrando la desconfianza y la aversión en nuestro rededor, y se adquiere una fama funesta que nos atrae el desprecio de todos, y justamente merecido.

En cambio ¡qué inapreciables dotes no tiene la sinceridad! Ella atrae el respeto, la consideración y el cariño de todos; se oye con placer cuanto uno dice, y á la persona sincera se la hace juez de cualquiera contienda, porque la sinceridad muestra tener un corazón sano, un juicio recto y las mas nobles intenciones. Y nada hay comparable como la satisfacción que resulta de proceder siempre con verdad. Si una niña ha cometido una falta y la confiesa, se aliviará de un peso que la abrumaba, y nunca puede ser mayor el castigo que el remordimiento de una mentira.

La mentira es sinónimo de la impostura y falsedad; y ¿es posible que haya quien quiera sufrir tan feos apóstrofes? ¿qué, ¿no vale nada el buen concepto entre las gentes? ¿se vive con otra cosa que con ese buen concepto, que es la constante aspiración de nuestra existencia? Y nadie la necesita mas que las niñas, que deben ser angelicales y puras. Flores del jardín de la vida, se las quiere como á ellas, porque si las flores naturales embalsaman el ambiente, ellas embalsaman la existencia, que recrean además con sus atractivos, que encantan con sus gracias y purifican con su virtud. ¡Qué no permitan caiga sobre ellas tan fea mancha, y huyan de la que la tenga, porque hasta su contacto ofende!

XIX.

SOBERBIA.

El primero de los pecados capitales, que ocasionó la eterna pérdida de la gracia y de la gloria á Luzbel y sus compañeros, que intentaron rivalizar con Dios; la soberbia, que es un exceso de vanidad y de orgullo, de altanería y despotismo, es tambien uno de los vicios que más reprueba la sociedad.

Si sienta mal en los magnates y poderosos, si es indisculpable y punible en todos, ¿puede tolerarse siquiera en la niña? Imposible: seria una aberración completa. Y sin embargo, las personas soberbias recibieron en la niñez los primeros gérmenes del vicio; y la falta de ilustración en los padres, el descuido de la educación y el abandono religioso fueron el abundante abono de tan funesto vicio, de tan capital pecado.

Hay defectos que no se puede retardar su corrección y debe hacerse temprano, porque aunque no parece de consecuencias la soberbia en la niñez, las tiene y grandes, además de que irá creciendo á la vez que la niña, y sobre no ser fácil el remedio despues, habrá que lamentar sus fatales resultados.

Algunos vicios, como la vanidad, por ejemplo, de que nos hemos ocupado, no afectan más que á la misma persona que los experimenta, no hacen daño ni ofenden á los demás; pero la soberbia ya no es tan individual, pues se relaciona con las personas á quienes se trata, y si algunos pueden despreciar y rechazar al rostro las ofensas y las faltas de la soberbia, otros por su posición tienen que sufrirlas, y aquí es donde el vicio hace inmenso daño. Y si este daño viene de una niña ¿cuán horrible no parecerá esta niña á los ojos de todos? ¿qué consideraciones podrá conquistar? ¿qué simpatías, qué afectos? ¿quién la querrá? Todo lo contrario; será un objeto, no solo despreciable sino aborrecible y odioso, y en vez de ser mirada como un ángel del bien, lo será como el del mal, porque son males y no bienes los que produce.

Si fuéramos á hacer el retrato de la persona sober

bia, hasta podrían aparecer repugnantes estas líneas, porque habríamos de presentar un semblante desprovisto de la dulce calma, de la simpática animación, ó de ese sello que está impreso en todo lo que no es horrible, viéndose sustituido por los efectos ó huellas que imprime en el rostro la cólera, por la insufrible altanería del orgullo y de la vanidad, por el veneno de la envidia, y por todo el séquito de las malas pasiones y detestables vicios. Unas veces encendido el rostro por la pasión, y otras amarillento por la cólera, con los ojos encendidos, ahuecando la voz, y siempre fuera de esa situación que suele ser normal en las personas, se haría el sobercio ridículo y objeto de risa, sino lo fuera de lástima y aun de desprecio.

¿Y habrá niña que quiera ser así compadecida y despreciada? Y todo por un vicio de que no se saca la menor ventaja, sino todo lo contrario. Si la persona soberbia pudiera conocerse á sí misma, se horrorizaría. Por esto el inmenso cuidado que debe ponerse en huir de tan nefando vicio, pues aunque corresponde á los padres corregir en los mas tiernos años algunos pueriles actos de soberbia, cuando la razón empieza á descollar en la niñez, son los niños los que deben procurar evitar cuanto pueda aparecer siquiera soberbio, y poner el antidoto, que es la humildad, sublime virtud que nos eleva aun sobre los mas elevados, y que nos abre el corazón de todos, porque á todos interesa una niña humilde. Y cuanto mayor sea su elevación, su hermosura, sus riquezas; cuantos mayores motivos ó causas tenga de engrandecimiento, mayor mérito tendrá su humildad porque descende de mas alto. Así que nada enaltece como la humildad, cuyo ejemplo nos dió el mismo Jesucristo, cordero simbólico de nuestra redención.

Huyan, pues, las niñas de la soberbia, que afea su rostro y envenena su corazón; sean humildes y serán ensalzadas; vean en sus compañeras unas hermanas; procuren ser queridas de todos; y lo serán, pues marchando por opuesta senda, su vida carecerá de esos atractivos de que se ven privados esos seres que la sociedad rechaza; y la vida de la que ha de ser el consuelo, la alegría, y la base de la familia, no puede conformarse sino con la felicidad, y de esta no participa la persona soberbia, ni disfruta de ninguna de esas satisfacciones á que constantemente aspiramos y tanto nos halagan.

P.

UN HOMBRE DE RAZON INDEPENDIENTE.

El honorable mister Brigham era un rico vecino del cuartel de la City, tan respetado de sus compatriotas por los beneficios que derramaba con larga mano, como notable á causa de las ideas fuera del orden comun que ostentaba, sin dársele un ardite de la opinión pública.

Hasta cerca de los cuarenta fué enemigo acérrimo del matrimonio, mas una noche hizo el diablo que permaneciese desvelado en su lecho solitario, y entre las muchas extravagancias que rodaron por su mente, le ocurrió seria bueno tomar estado para evitar se repitiesen en adelante los insomnios. La dificultad hubiera consistido para otro en buscar una compañera de su misma clase y condición, de modesta virtud y hermosura sin fama; pero mister Brigham se tenía por muy exento de preocupaciones, y quiso acreditarlo prácticamente escogiendo por esposa á la primer

mujer que se le presentase al salir de su cuarto aquella mañana.—Tanto vale una como otra, decía ajustándose la bata; la mala organización de la sociedad, las circunstancias en que nos vemos colocados, hacen de nosotros héroes ó criminales; quédese lo demás para los teólogos de Oxford, no para un hombre de mis circunstancias, heredero del nombre y las riquezas de Young Brigham, comerciante de ópio en la China é individuo de la Compañía de la India.—

Pensando así llegó muy horondo hasta la meseta de la escalera, por la que vió cruzar rápidamente una moza de pocos años.

—¡Negocio concluido! dijo adelantándose á ella. ¡Eh, eh, muchacha! no corras y escucha.

Se detuvo la chica toda trémula y agitada al ver á un señor tan autorizado descender hasta el punto de interpellarla, cosa no comun en Inglaterra donde son insuperables las barreras que separan á las diferentes clases.

—¿Eres soltera? prosiguió mister Brigham.

—Sí, señor.

—¿Me conoces?

—Sí, señor; vuestro honor es el amo de casa.

—Bien: manifiestas mas talento de lo que yo pensaba. ¿Quiéres casarte conmigo? Tendrás muchos vestidos, sortijas y pendientes de oro, comerás y beberás de lo que apetezcas y no trabajarás nada en todo el día. ¿Qué te parece?

No hubiera causado en la muchacha mayor asombro ver abrirse la tierra ante sus plantas que las palabras del caprichoso mister. Al principio quedó estática, sin movimiento, pero luego recogióse la saya, dió á trotar escaleras abajo sin esperar á razones, con desembarazo tan natural que no pudo menos de provocar la risa de su recto pretendiente. Quedóse la mirando, y mas contenido que Apolo, no turbó en su carrera á la Dafne fugitiva, esperando mejor ocasión para realizar sus fines.

—Es ligera como un yatch de la marina real, decía moviendo la cabeza en señal de aprobación: yo sabré donde toma puerto y la daré caza, ¡voto al Drake!

Volvió á entrar en su habitación é hizo llamar al portero, deseoso de tomar informes en el asunto.

—¿Sabes quién es, le preguntó, una muchacha que ahora mismo ha bajado corriendo las escaleras?

—Discurro que será Betty, la hija del jefe de cocina, pues acabo de reprenderla por no guardar el decoro debido á la casa de vuestro honor.

—No se trata de eso, sino de saber con seguridad el nombre y demás circunstancias de una jóven pequeña, rubia, de ojos azules, que ha debido pasar huyendo por delante de ti.

—Pues bien, señor, me confirmo en lo que antes dije.

—Entonces haz venir á su padre.

—Señor, si vuestro honor tiene alguna orden que darle podrá encargárselo á Tom Burdet, que lo hará con eficacia.

—¿Desde cuándo os habeis creído autorizado para darme consejos? Idos con mil diablos antes de que otra vez suceda, y no dejéis de obedecer mi voluntad, como yo no dejo de pagaros vuestra soldada.

—Perdonad, señor; sereis servido inmediatamente.

Puesto el cocinero á presencia de su amo, le dijo sin andarse con preámbulos:

—Tienes una hija que me agrada: quiero tomarla por esposa. Entiendo muy poco de galanteos, y será bueno que tú mismo la propongas mi persona acompañada de cincuenta mil libras de dote. Si despachas pronto el negocio no serás olvidado en los regalos de boda.

Juzgó al pronto el director culinario que los vapores del

Malvasia habian trastornado la razon de su amo, pero ni la hora, ni la serenidad grave y formal del semblante de mister Brigham, dejaban abrigar esta sospecha. Confuso y acertando apenas á formular palabra alguna, tartamudeó retorciendo el mandil entre sus manos:

—¿Será posible, señor, que llegue vuestra bondad hasta el extremo de chancearos conmigo?

—Yo no me chanceo jamás. ¿Habrá ningun hombre de juicio capaz de chancearse en este mundo tan lleno de absurdos y errores? Marcha y no vuelvas sin el consentimiento de tu hija, porque antes de cuatro dias ha de llamarse mister Brigham.

Con efecto, dentro del plazo señalado se agitaba multitud de pinches y marmitones bajo la direccion del padre de la novia, activando los preparativos del banquete con que habia de celebrarse la realizada union. Los enormes trozos de rosbif, los solomillos enteros de bifecks y las rebanadas de sandwiches, solo eran comparables á la inmensa cantidad de botellas de Borgoña, Madera y Oporto ó las pintas de cerveza ofrecidas á disposicion de los convidados. En fin, valiéndonos de una frase de Walter-Scott, cualquier hambriento se hubiera dado por satisfecho con poner un pedazo de pan al humo de las cocinas del anfitrión.

El nuevo esposo, lleno de orgullo con haber dado cima á su primer disparate mayúsculo, pensaba en acometer el segundo, sino de mayor consecuencia, de riesgo mas próximo y sin ninguna de las dulzuras que pudo aquel llevar consigo.

Atestado su hueco cerebro con las máximas de ciertos escritores modernos, que sin hacer otra cosa que vestir al uso del día las falsedades que otros dijeron en tiempos remotos, ganan fama y sendo caudal, merced algunas veces á lo florido de su estilo, y casi siempre á su atrevimiento para negar las verdades eternas sancionadas por la razon y la experiencia; sostenia, pues, mister Brigham acaloradas discusiones con un autorizado académico de la Sociedad Real, defendiendo la inclinacion al bien que todo individuo, segun decia, lleva consigo, corrompida en su germen por los errores de la masa comun. Para él la mayor parte de las acciones heroicas se debian á un vaso de vino, al fanatismo ó la avaricia; el amor era un sentimiento egoista que degeneraba en rabiosa envidia del bien ajeno cuando los celos le sacaban de tino; el interés, el orgullo y la hipocresia tomaban el nombre de cariño en los miembros de una misma familia, ó de amistad para con los hombres entre sí.—De consiguiente no teneis que cansaros, señor Wilson, repetia á su adversario, tanto vale uno como otro; suponed al de mejores inclinaciones colocado en un círculo vicioso é indudablemente será un criminal, y por el contrario, dad á cualquiera de esta clase lo necesario para ser feliz y formareis bien pronto un respetable gentleman; ninguno de los grandes ladrones lo hubiera sido á contar con un buen patrimonio. Por lo cual toda distincion ó categoria que altere la igualdad absoluta que debe reinar entre los humanos es repugnante al buen sentido, como error capital origen de la mayor parte de las calamidades sociales.

Calló Wilson al escuchar esto y al día siguiente acudió temprano á sentarse á la mesa de Brigham, donde se hallaba convidado; mas antes de terminar la comida se despidió pretestando una ocupacion urgente.

—¿Nos dejais tan pronto? le dijo su amigo; siento en el alma verme privado de vuestra conversacion, muy agradable para mí.

—No tendreis por qué lamentaros, contestó el sabio, pues

siguiendo la doctrina que profesais, he mandado esperar á mi lacayo y le haré subir á ocupar el puesto que dejo vacante. Debo suponer que para vos ninguna diferencia debe existir entre él y yo.

Este caso hirió de tal modo el amor propio de nuestro filósofo nivelador, que determinó manifestar prácticamente la bondad de su sistema.

Para ello nada mejor que buscar un criminal y colocarle en posicion ventajosa donde pudiera lucir las benéficas intenciones de su indole natural, libre de las asechanzas puestas por los demás á su condicion sencilla.

La tarea ofrecia bastante dificultad, pues no era un estafador vulgar lo que se necesitaba, cosa bastante comun en todas partes, sino un bandolero histórico, de aquella especie singular casi perdida en nuestros dias, á la cual dieron fama y celebridad Gasparone y Mandrin, los niños de Eciya y Jaime el Barbudo. ¿Dónde hallar el tipo en toda su pureza? En la Europa central era considerado cual una creacion fantástica, y en la Peninsula las numerosas parejas de guardias civiles hacian imposible su existencia; únicamente ciertos territorios de Italia podian ofrecer alguna pálida copia para contentar el gusto de los aficionados. Allí fué mister Brigham. Se internó por las gargantas del Apenino, recorrió las Calabrias, parte del Estado Romano, y tan desgraciado como Diógenes, pasó al reino de Nápoles sin haber encontrado su hombre. En esta ciudad famosa detuvo sus escursiones para trasladarse á Sicilia á continuarlas con mayor empeño. Mas el destino vino á mostrársele propicio en la ocasion menos pensada.

Una tarde que paseaba sin guia por los alrededores del Vesubio, perdió el camino, y, tratando de orientarse, se internó de tal modo en los campos cruzados de sendas quebradas y solitarias, que determinó llamar en la primer casa que descubriera en busca de algun paisano que le condujese hasta Pórtici ó Castellemare, de donde alquilando un carruaje podria regresar á la capital. Anduvo algun rato sin encontrar alma viviente, cuando al revolver un repecho vió levantarse de una piedra, donde sentado estaba, un campesino, dando en seguida algunos pasos hácia él con la mayor indiferencia y las manos metidas en los bolsillos. A preguntarle se disponia por la carretera general, pero no le dió tiempo el pacífico labriego, sino que sacando velozmente un par de pistolas y apuntándole casi á boca de jarro, le dijo con la mayor decision:

—¡Alto! suelta lo que llevas ó eres muerto.

Debemos asegurar que la primer impresion de mister Brigham fué sentir un escalofrio que recorrió su cuerpo de piés á cabeza, si bien reponiéndose al punto y recordando el objeto de sus peregrinaciones, exclamó lleno de tranquilo regocijo:

—Gracias á Dios, que por fin encontré lo que buscaba.

—¡Eh, eh! gruñó el bandido brillándole los ojos de feroz codicia y acercándose aun mas al inglés.

—Nada, mi caro amigo, se apresuró éste á responder; quiero decir que has encontrado tu dicha, y como principio ahí tienes, añadió echando al suelo su cronómetro de oro con cadena de lo mismo, su bolsa repleta de buenas guineas, los anillos de brillantes y cuantos objetos de algun valor creyó pudieran satisfacer á su inesperado compañero. ¿Estás contento? le dijo; yo por mí estoy altamente complacido; eres un genio independiente y altivo digno de premio y alabanza.

—¡Marcha! repuso el ladron con aspereza señalándole el camino por donde habia llegado.

—Querido, no tan pronto; ya ves que no tengo arma ninguna y quisiera hablar un rato contigo.

—Por San Genaro que debes estar loco ó borracho; habla, pero te advierto que al menor gesto que me desagrade te levanto la tapa de los sesos.

—¡Magnífico, bien, corazón noble y generoso! ¿Eres casado?

—No tengo á nadie: vivo solo.

—Lo que tienes es mal oficio.

—Ninguno mejor si la gendarmería nos dejase trabajar.

—Es cierto: esa es una de las instituciones mas opresivas de los tiempos modernos.

—¡Cuerpo de Baco! ¿Has pensado burlarte de mí? añadió el bandido montando en cólera.

—Todo lo contrario: escucha un momento y verás el aprecio que hago de tu persona. He venido de muy lejos á buscar uno de tu ejercicio para ofrecerle riquezas, tranquilidad, consideración y cuanto puede hacer agradable la vida; al cabo de trabajosas é inútiles investigaciones logro encontrarte y me doy la enhorabuena por ello. He aquí todo el misterio de mi aparente locura. Ahora bien, ¿quieres venir conmigo á Londres, donde disfruto inmenso caudal que partiré contigo? Considera que habrá muchos que aceptarán la proposición si tú la desechas.

—¡Diablo! pensó el napolitano rascándose la oreja sin abandonar la pistola, ¿si será un agente de policía encargado de armarme alguna ratonera? ¿Y qué deberé hacer, rehusó en voz alta, para ganar eso que dices?

—Nada, absolutamente nada mas que abandonar tu profesión y vivir según lo que en el mundo se llama un sugeto de honor. Ya ves que la cosa solo requiere un poco de travesura al principio, y luego el hábito se convierte en naturaleza.

—No encuentro la mayor dificultad, aunque tengo que poner algunas condiciones.

—Es muy justo, prudente mozo; atenderé á los reparos que se te ocurran, que me prueban la sinceridad de tu carácter.

—En primer lugar vamos á separarnos para no vernos, ni saber uno del otro, interin te halles en el reino de las Dos Sicilias.

—¡Excelente precaución!

—Ya en el extranjero puedes escribir á Jusepe Malatesta, en Torre del Greco: yo cuidaré de recoger la carta.

—Convenido.

—Necesito un pasaporte en toda regla con la fecha y el itinerario en blanco: no faltará quien llene estas formalidades cuando sea menester.

—Le tendrás.

—Y por último, necesito dinero para trasladarme donde te halles.

—Esa pequeña dificultad la desvanecerá una carta-orden que dejaré á Mr. Bourdon, mi banquero en Nápoles, para que á tu nombre entregue la cantidad necesaria. Estoy admirado de la prevision de que has hecho alarde; y una vez que nos hallamos convenidos, adios; cuento con tu palabra y permíteme estrechar tu mano.

—Mi palabra no faltará; en cuanto á lo demás no conviene por ahora que nos acerquemos demasiado; tiempo habrá de sobra para estrecharnos cuanto quieras.

Dicho esto hizo el ladrón un ademán imperativo despidiendo á su interlocutor, pues se conoce deseaba quedarse solo para recoger las alhajas esparcidas por el suelo; mas el honorable insistió de nuevo:

—Oye un momento. ¿Tendrás la bondad de indicarme el camino mas corto para volver á la capital?

—Sube á la cumbre de esta colina, y en una casa que hay en ella encontrarás quien te conduzca, diciendo que vas en mi nombre.

II.

Poco tiempo despues salia mister Brigham del puerto de Nápoles en direccion á Gibraltar. Desde allí remitió á su digno amigo el documento necesario, encargándole al paso acelerase su partida pues le aguardaba con impaciencia. Algo se hizo esperar el estimable Jusepe, mas al fin juntos y en buena compañía protector y protegido, arribaron á la populosa Londres, donde habia de tener comienzo el curioso experimento de transformar el cieno de un corazón pervertido en el acendrado metal, fruto de la constante lucha contra las pasiones compañeras de nuestro miserable origen.

Era Malatesta bizarro en gran manera, de fino perfil y ademanes airoso y desembarazados; ni el aristocrático frac quitó á su talle la soltura, ni el guante blanco, que según la moda inglesa, calzaba comunmente, embarazó su mano para tenderla con mayor gracia que ceremonia á las vaporosas ladys, que la envidiaban por lo pequeña y bien modelada. Si no cabalgaba según los preceptos de la alta escuela, en cambio acostumbrado á perseguir los búfalos casi salvajes de las lagunas Pontinas, se tenia sobre su caballo con seguridad extraordinaria, siendo para él los ejercicios ecuestres en que sus compañeros se adiestraban entretenimientos pueriles de ninguna consecuencia. Es verdad que su cutis era moreno y su cabellera negra y rizada; pero estas circunstancias, dado que se miren como defectos en parte alguna, contribuian á realzar su belleza original en un país donde muchos de sus hijos suelen dejar atrás á la nieve con su blancura. Hasta el imperfecto lenguaje que usaba, sin extrañeza de nadie, le favorecia en sumo grado, pues los barbarismos propios de una educación descuidada son las marcas, tal vez, indelebles, que ni la riqueza, ni la posición, ni los cargos, ni los honores, llegan á borrar jamás, á la manera de ciertos líquidos cuya señal no pierde nunca el vaso que una vez los contuvo. Pero como á Jusepe nadie le hablaba en su idioma patrio y en el inglés era extranjero, ocultaba la tosca urdimbre de su tejido natural, según los tapices mirados por el reverso dejan sospechar mérito en la ejecución, á pesar de los muchos nudos y cabos sueltos que se ven por todas partes.

Nos hemos detenido mas de lo regular en la pintura del antiguo bandolero convertido en gentil hombre, sospechando que de no hacerlo así podría extrañarse cuando dijéramos que la esposa de mister Brigham empezó desde luego á mirarle con interés; al cabo de tiempo encontró marcadas analogías entre su carácter y el de su huésped, y despues vinieron las comparaciones desventajosas para su marido con relacion al campesino. Cosa muy en el orden: la cabra siempre tira al monte (perdona, lector, este adagio comun); se ve con frecuencia al paladar acostumbrado á un alimento rancio y bravo despreciar por insípidos los manjares de mas delicadeza. Y con esto, guardando en el tintero otro refran de no menos verdad que el anterior, seguimos con nuestro cuento hasta dar en el desenlace.

Sin embargo de las repetidas insinuaciones que puso en juego la culpable mistriss Betty, el prudente Malatesta, dándola ejemplo de cordura, dejaba pasar desapercibidas